

LA SÉPTIMA PALABRA DE JESÚS:

“Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lucas 23,46).

La última palabra de Jesús es un acto de confianza ilimitada hacia el Padre, confiándole su espíritu, como el bien más precioso.

Jesús refiere, literalmente, las palabras del Salmo 30,6 y pone en contraste las manos amorosas del Padre Dios, con las “manos de enemigos y perseguidores” (versos 9 y 16).

La muerte de Jesús es el signo y prueba más evidentes de su perfecta humanidad.

Sigue también este común destino, enmarcado en el Amor irrenunciable de Dios, que siempre, absolutamente siempre, quiere salvar al ser humano, renunciando a condenarlo.

Dios no sabe de condenación sino de salvación. Deja esta terrible posibilidad solamente al abanico de posibilidades que tiene el libre albedrío humano de no creer, opción humana, totalmente respetada por Dios y por Jesús: la opción de ser una libertad sin Ellos.

En efecto, los poderes religiosos y políticos del tiempo de Jesús sometieron este Amor de Jesús y de Dios a la más horrenda prueba de la mentira, del odio y de la muerte en cruz.

Y el amor venció la prueba y espera convencer la consciencia humana, individual y colectiva.

Con razón Pablo, en su primera carta a los Corintios, prorrumpie en el cántico al Amor de Dios, llamado Caridad, gratuidad plena:

“La caridad es paciente, es servicial. La caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, ni se engríe. Es decorosa, no busca su interés. No se irrita, ni toma en cuenta el mal. No se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca” (13,4-8).

Solo en este marco de la Caridad Divina podemos leer y valorar la muerte violenta de Jesús.

Pero la muerte pone al desnudo la realidad más profunda del existir humano: la del espíritu y su relación con Dios. Dios es el Espíritu, con la mayúscula de El Absoluto.

En definitiva, somos cuerpo y espíritu, somos vida consciente y libre, pero criaturas limitadas, consciencias que requieren luz, libertades que necesitan de la verdad para obrar el bien.

Consciencias y libertades que Dios asume en Jesús, haciéndose verdadero hombre, para poner este soporte de vida, de verdad y de bien, de luz y de belleza, de dignidad y de grandeza al ser humano.

¿Cómo es posible que más de dos mil años después de la ENCARNACION de Dios, aún este soporte divino no haya alcanzado a generar una continuidad ascendente del espíritu humano?

¿Cómo se hizo posible que el real vacío de Jesús y de Dios, revestido tantas veces de falsas religiosidades, haya generado tanta miseria de codicias y pasiones, de engaños y violencias, de soberbia y envidias, de guerras y genocidios?

Quizás estamos viviendo tiempos de queja y de reclamo interior a una decadencia de la cultura humana, en aras de sus mismos logros y de su gran desarrollo científico y tecnológico.

Una nueva era del espíritu humano, una nueva era que supere el espíritu de un mundo cerrado en sí mismo, con la fuerza del Espíritu de Jesús y de Dios, deberá comenzar.

Ahora ya no seremos ancestros de las generaciones del mañana, sino responsables de si habrá aún un mañana para la humanidad.

Es la hora, no solo de entregar el espíritu a Dios, cuando sea la hora de nuestra muerte, sino de “recibir el Espíritu Santo”, el Espíritu que Jesús entrega al Padre y que, luego, resucitando, exhala y sopla sobre sus discípulos, encerrados por el miedo, doblegados por el sentimiento de culpa, acomplejados por sus divisiones y cobardías.

Es la hora de verle esta otra cara a la vida y a la muerte: la cara del espíritu humano y del Espíritu de Dios unidos, superando juntos esta

hora difícil de la historia, esta hegemonía dañina del espíritu mundano, materialista e idolátrico. Necesitamos desprendernos del mal espíritu que pretende reducir la historia humana al libre mercado, al consumo enfermizo, a la voracidad del dinero y a la obsesión por el poder.

Jesús encuentra las manos del Padre Creador que reciben su fiel espíritu. Encuentre también nuestros corazones de criaturas humanas que recibimos el Espíritu Santo, que Él y el Padre nos derraman con Amor infinito.

El Pentecostés del Cielo con el Espíritu de Cristo de vuelta, sea nuestro nuevo Pentecostés de humanidad abierta y receptiva, como María y la Iglesia primitiva, al Espíritu de Dios, Amén.